

31
MINUTOS

CALUROSA NAVIDAD

UNA
NOVELA

Una película
original de
amazon
prime

Planeta
Junior



CALUROSA NAVIDAD

UNA
NOVELA

Planeta
Junior

Capítulo 1

La ola de calor

Era el día más caluroso del diciembre más caluroso en el pueblo más caluroso de nuestro caluroso planeta. Trabajar era imposible. ¡Hasta tomar agua daba calor! Los habitantes del pueblo buscaban refugio donde podían. Cualquier sombra era trinchera, por más escueta que fuera: una parada de bus, un árbol frondoso, un poste de luz... Los únicos que recorrían las calles ese día eran unos esforzados ancianos: los Santos callejeros, que, sudorosos bajo sus pesados

abrigos, no tenían más remedio que trabajar en Navidad. ¡Pero nadie salía a celebrarlos!

En una esquina, la pequeña figura de un chihuahua peinado y con micrófono intentaba hablar bajo el pesado calor: era el periodista Mario Hugo, transmitiendo para *31 Minutos*, el noticiero del pueblo. Mario Hugo informaba sobre la agobiante situación actual, en caso de que algún despistado planeara salir a la calle con bufanda:

–Esto es realmente terrible, amigos. ¡La ola de calor que azota Titirilquén no da respiro! Según los últimos informes, el aire seco ya alcanzó el peligroso nivel de axila de momia. ¿Perjudicará esta ola de calor a la Navidad? Soy Mario Hugo, y con este interrogante los dejo con *31 Minutos* y su conductor, Tulio Triviño.

En medio del set televisivo, Tulio enfrentaba la ola de calor como mejor podía, ayudado por





un séquito de ventiladores que daban todo de sí para refrescar a la estrella. Concentrado en la desesperada tarea de bajar la temperatura de su cuerpo, no escuchó el pase de Mario Hugo. Por suerte, allí estaba su siempre atento productor:

–¡Tulio, estamos al aire! –le advirtió el blanco y peludo Juanín Juan Harry, en tono nervioso y acalorado.

El afamado conductor se apresuró a cubrir su fresca camiseta con su traje y corbata, luego se dirigió a cámara con su carisma habitual:

–Amigos, por favooooor, mantengamos la calma. ¿Qué es un poquitín de calor comparado con el día más mágico del año? No me cabe duda de que un maravilloso milagro navideño acabará pronto con la ola de calor. ¿Cierto, sobrina Patana?





Desde otro sector del pueblo, Patana Tufillo, la sagaz y verde periodista pájara, tomó la posta refutando a su tío:

–¡No, tío Tulio! Los expertos aseguran que la «ola de calor» ya debería llamarse «olla de calor». ¡Una olla hirviendo! En este momento me encuentro en la esquina más calurosa de Titirilquén: entre las calles...

Pero el calor era tal que las letras de los carteles se derritieron antes de que Patana pudiera leerlas.

–Eh... olvídenlo –continuó Patana resignada–. Aquí mismo, en este preciso lugar, el desesperado Sindicato de Abanicos se ha reunido para iniciar una ¡huelga de aire! ¿Cuáles son sus exigencias?! –le preguntó al inquieto grupo de abanicos.

–¡El calor nos está matando! –exclamaron todos agitando sus varillas–. ¡No volveremos a abanicar

hasta que no nos abaniquen a nosotros! ¡Exigimos abanicos para los abanicos!

—Ya veo. Éxito con la demanda —les deseó la periodista a los abanicos en lucha, y añadió a la cámara—: La desesperación crece en todos los rincones de la ciudad, tío.

Y aunque sus palabras podían parecer dramáticas, en realidad no exageraba: cada rincón de Titirilquén sufría los estragos del calor. Desde los pequeñines que lloraban acalorados en los brazos pegajosos de sus madres, hasta los peces del acuario municipal, que se habían convertido en sopa. Incluso los ovnis caían del cielo chamuscados y salpicaban las calles del pueblo con algo que no era agua, sino silurios algo rostizados.

Como no podía ser de otra forma, en esta situación desesperada algunos lucraban





con el calor ajeno. La venta de sombras se había convertido en un gran negocio para los inescrupulosos ¡que ni siquiera respetaban la diversidad de cuerpos! Vendían sombras que, a todas luces, eran talle XS como si fueran talle único, causando malestar e incomodidad en consumidores más protuberantes.

El panorama era desolador, pero Patana estaba firmemente convencida de que la Navidad sobrevive pese a todo.

–Pero no te preocupes, tío Tulio, ¡nada puede arruinar la Navidad! –aseguró la pajarita–. Pase lo que pase, esta noche recibirás lo que esperas con ansias cada año: ¡tu regalo navideño!

–¿Mi regalo? Pero Patana, yo ya lo tengo TODO... ¡El único regalo que quisiera es la alegría de la gente! –respondió Tulio desde el set con pretendida humanidad–. Y para probarlo, fingiré

interés por el empleado más insignificante del programa... ¡Juanín, ven para acá!

–¿Yo? ¿Puedo hablar? –preguntó Juanín, emocionado.

–Solo por ser Navidad. Dime, Juanín, ¿qué quieres que me regalen para...? Digo, ¿qué quieres tú para esta Nochebuena?

–Eh... ¡Me da vergüenza decirlo, Tulio! Es algo tan tonto...

–Pero, Juanín, ¡ningún deseo navideño es tonto! Si se desea con verdadero..., eh..., deseo...

–Bueeeeno..., siempre he soñado con hacer como en las películas: ¡un muñeco de nieve con mis propias manos!

–Aaaaaawwwww, ¿un muñeco de nieve? ¿Con este calor? ¡JUAJAJAJAJAJA! ¡Qué deseo más tonto!





Pero antes de que Tulio pudiera continuar burlándose de Juanín, la puerta del estudio se abrió de golpe y entró Juan Carlos Bodoque, conejo rojo y reportero estrella del noticiero.

—¡Basta, Tulio! —exclamó—. Tú lo dijiste: ningún deseo navideño es tonto, ¡por más tonto que sea!

Tulio, siempre dispuesto a aprovechar la oportunidad de aumentar el rating, le dio la bienvenida al recién llegado.

—¡Oh, es Juan Carlos Bodoque! Nuestro periodista estrella. ¿Por qué no nos cuentas cuál es *tu* deseo navideño?

Bodoque adoptó una pose reflexiva, casi melancólica. Con la enigmática mirada perdida en el horizonte, respondió:

—Es un secreto, Tulio... Tan escondido en el fondo de mi corazón que nadie podría adivinarlo...

Pero sus compañeros de estudio, que conocían bien el fondo de su corazón, al unísono se apresuraron a gritar desde todos los rincones de la escenografía:

–¡¡¡QUE TU CABALLO FAVORITO, TORMENTA CHINA, GANE LA CARRERA NAVIDEÑA!!!

Bodoque frunció el ceño, dolido en su orgullo, y remedió a sus compañeros:

–Ñañañañaña... ¡Se equivocan, bufones! ¿Creen que solo pienso en apostar, apostar y apostar?

–¡¡¡Sí!!! –respondieron todos, sin dudarlo.

–Pues *no*... ¿Quieren apostar?

Antes de que el conejo comenzara efectivamente a levantar apuestas entre sus compañeros de trabajo, Tulio se apresuró a insistir:

–Pero, entonces, ¿cuál es tu deseo, Bodoque?

El conejo titubeó. Su voz se volvió más suave.





–Eeeeh..., que la guerra y la paz logren un gran acuerdo de... Oh, está bien, lo reconozco –dijo alzando la mirada al cielo, sin poder resistirlo–. ¡Solo quiero que Tormenta China gane por una sola Navidad! ¡Una sola! ¡¿Acaso es mucho pedir, Dios?! ¡¡¡Dame una señal!!!

En ese instante el estudio comenzó a vibrar con un extraño sonido: TUT-TUT-TUT-TUT...

Bodoque sacó con rapidez el programa de la carrera navideña y un lápiz de su chaqueta.

–¡Oooh, la señal!... ¿Cuánto apuesto, Diosito? ¿Ganador o Placé?

Pero destruyendo todas las esperanzas de Bodoque, Juanín aclaró:

–Esa no es una señal divina, Bodoque. ¡Es la tarjeta de los extras noticiosos!

Tulio tomó la tarjeta con elegancia y la leyó a cámara con su mejor voz de presentador urgente.

—¡Oh! Noticia de último minuto: en este momento en el Polo Norte comenzará una conferencia de prensa urgente. Mmm..., probablemente Santa Claus se referirá a *mi* regalo...

